

versall ¡Viva la incomparable reina del mes de mayo, Doña Violante!

Luego el magnífico cortejo,—al son desgarrador de los clarines y al redoblar de los tambores; entre nubes de polvo blanco, bajo el sol que hace brillar las sedas, los sombreros y caperuzas de las damas; espoleando los caballos y llevando enhiesta la espada los guerreros; entró en Arlés entre grandes aclamaciones.

IV

A LA SEÑORA
DE ALFONSO DAUDET



IV

EL LEÓN

En la meseta donde se levanta Santa María la Mayor, ¹ al medio día de Arlés, y en amplia cámara enjalbegada, varios vecinos y algunas comadres tiran de la lengua á maese Buisset ².

—¿Ha cantado el papa Benedicto la misa?

—No. Lo había prometido; pero luego el pobre, como está muy viejo y anda de sobra atribulado, no nos ha dicho misa ni sermón. Ha estado mudo en su trono durante la ceremonia. Pero de todos modos el cardenal, mosén Brancas, ha hecho magníficamente las cere-

monias de este soberbio casamiento y San Trofimo no ha visto jamás tanto esplendor bajo sus arcadas.

—¡Oh! ¡Qué tumulto! ¡Qué de codazos y empujones para coger siti!—dicen braceando las buenas comadres.—Pero no ha habido medio de ver nada; un ejército de caballeros haciendo trotar sus corceles por las calles sacando chispas de las piedras... tan sólo.

—¡Una matanza, una carnicería! ¡Cuéntenos, cuéntenos, maese Buisset, usted que es el más letrado de los arlesianos, relate lo más interesante del espectáculo!

Maese Buisset paseaba arriba y abajo midiendo las losas de la cocina de su casa; cuando llegaba al vasar cogía la garrafa del clarete y echaba un trago arrojando al suelo las escurriduras que quedaban en el fondo de su vaso.

¡Ah! Su mujer, la señora Fabresa, podía llamarse una mujer de su casa. ¡Oh, cuán aseada tenía la vivienda! Las cacerolas, los envases para el aceite, los saleros, la artesa para amasar, las paneras de guardar el pan, el trinchador, los cubiertos, el brasero, la blanca mesa, la balanza, el velón, el caliente camas de siete agujeros, todo, todo resplandecía

como un espejo. Para defenderse de las moscas, de las miradas indiscretas y del tufo, cubría la puerta un claro tapiz con una cruz roja bordada en el centro. En un rincón veíanse un compás y una escuadra, pues el amo de casa era agrimensur de oficio; además tenía la costumbre de escribir, con hermosa pluma, en su gran libro de memorias, la descripción abreviada de todos los acontecimientos de la ciudad dignos de ser anotados.

De pronto, maese Buisset, mirando al suelo y con las manos cruzadas á la espalda, dice:

—La iglesia estaba colgada de bordados damascos. ¡Cuánta riqueza! En los tapices brillaban las armas de Cataluña y de Provenza, las dos naciones convenidas para conservar «la lengua de Oc». Veíanse también los escudos del Languedoc, de Anjou, Sicilia, Córcega, Cerdeña y otras islas; las armas del Papa y las del Rey. El Rey y el Papa vestían augustas vestiduras. Este, con su tiara sembrada de pedrería, de tres palmos de alta y ceñida por tres coronas, aparecía grande y solemne con su blanco ropaje. El otro empuñaba el cetro, vestía de púrpura y ceñía áurea

corona. Los dos estaban en el coro frente á frente. Pero había algo más hermoso é incomparable y era la Reina. ¡Es adorable! Un oficial francés que estaba cerca de mí afirmaba que es la princesa más hermosa de toda la cristiandad. Llámase Doña Violante. Los altos dignatarios de la Santa Orden del Hospital, los grandes abades de San Gil y de Arlés estaban de pie junto á los Evangelios, Todos los poderosos de la tierra han venido á rendir homenaje á nuestros reyes. Sin mentir, he reconocido más de cuarenta: el príncipe ilustre de Tarento, hermano del Rey, con la cruz colgada al pecho; el famoso Refourciat de Gout, el senescal Jorge de Marle, que tenía á su lado al preboste de Arlés; monseñor Simón de Cramaud; Lu de Grimaldi, el valeroso, gran almirante de Riba Nova; monseñor León de Villanueva, gran mariscal del ejército; el caballero Flamen, gentil entre todos; los cónsules de Aix, Ugo de Mane, Guido de Monteclar, Juan Tresemano... Una multitud de obispos. En la nave estaban nuestros síndicos; el gran justicia y los maestros racioneros. En una palabra: venían á rendir su homenaje todos los patronos de todos los gre-

mios, los escuderos, los inspectores de las presas; y después de todos, acompañado del clavario, maese Buisset, yo, el humilde cronista. Era un hermoso espectáculo que anotaré en mi libro de memorias. Y llegamos al casamiento. Iguales en edad, semejantes en gloria vimos venir hacia el altar á los reales novios, radiantes de felicidad, bajo el palio de oro, á prometerse fidelidad. El cardenal les da su bendición nupcial y el público grita á una: «¡Vivan los novios, reyes del mes de mayo! ¡Que la felicidad les acompañe siempre!» Y el carillón de campanas llamado *los siete gozos*³ tintinea alegremente; en aquel momento abrieron las jaulas á multitud de pájaros, tórtolas y palomas que revolotearon por las capillas y vidrieras, azoradas. Mis buenas comadres ¡que hermoso era todo esto! ¡También lo anotaré en mi libro! ¡Caramba! ¡Ya se me había olvidado casi! Se han hecho ofrendas valiosas. Han regalado á la gentil pareja: Arlés, doce tazas de plata; una nave de oro, Marsella; Tarascón, una pequeña tarasca; la ciudad de Apt, confituras; Aviñón, un regio ajuar; Fourcalquier, tres soberbios panes de cera; Aix, un formidable cofre, y para

coronar los donativos, los diputados de los Tres-Estados han ofrecido al Rey, como presente, cien mil florines de oro contantes y sonantes, en un montón, como si fuesen ciruelas... Estoy abrasado de sed toda la mañana; dejadme probar el clarete.

Y pasando entre sus comadres, maese Bouisset, al decir esto, volvió á echar otro trago.

—Pero ¿dónde se aloja tan grande acompañamiento? ¿En los arenales? ¿En *Ris-quand-gagno*?²⁴.

—El Soberano Pontífice se hospeda en casa del arzobispo; el Rey en el palacio de la Trouille.

—No hay pues riñas que temer—decían los arlesianos irónicos.—¿Y el Rey no saldrá después de la comida de bodas?

—Si; ya sabéis que los pescadores de Trinquetaille y de Beaucaire quieren ofrecerle un esturión como presente... después saldrá... el rey león.

Apenas hubo acabado su discurso el bueno del maese agrimensor óyese á lo lejos un ruido ensordecedor: los arlesianos fieros y celosos de su legendaria independencia y de sus libertades políticas, han querido mostrarse ante el

rey de los provenzales y habíais de haber visto con un fausto sin igual desplegarse por las calles la comitiva y la majestad del león.

En los estandartes y banderas ondeantes al viento, estaba escrita la historia de Arlés; y habríais visto, armas vivas de la región, el león de Arlés en todas sus diversas figuras, embadurnada su enorme cabeza encanecida por la vejez, con el hocico arrugado y las fauces abiertas, representando, primeramente, Arlés el Blanco, el viejo león conocido por el nombre de Albion, delante del cual el gran Hércules hubo de recular en medio de la Crau. Después como león latino se le veía ostentar el lábaro de Constantino; ya alzaba con sus uñas, como una lámpara, la cruz de San Trofimo; ya ceñía sus doradas melenas la corona de Bousson, brillando sus ojos de ónice y como diciendo entre rugidos: *¡Ab ira leonis!* Otras veces aplastaba con sus garras la media luna sarracena; otras esgrimía la espada de Guillermo el Grande en ademán de luchador, rugiendo con ferocidad la amenaza famosa de este verso leonino: *Urbs arelatensis est hostibus hostis et ensis*. En otro lado, majestuosa

y tranquilamente sentado, sostenía el globo del Imperio; aquí, emblema del pueblo arlesiano; allá, león del gran San Marcos; más abajo, león del mar llevando en sus garras un trozo de tridente, reinando de nombre y de hecho sobre todo el golfo que domina Fourques, por la voluntad de marineros y calafates⁵.

Pero el león, el verdadero león, saliendo de su establo, lanza tal rugido que en la marjal se estremecen de espanto todos los toros de la Camarga.

—¡Huyamos!—clama la multitud.—¡El león viene!

Y en galeras y en tartanas, de la Roquette y de la Hautere,⁶ el pueblo enloquecido de terror corre á la ventura, gritando:

—¡Han quitado las cadenas al león!

Y el viejo monarca de las selvas, yergue la cabeza, conociendo que aquella es su fiesta. Camina gravemente, orgulloso, sacudiendo su dorada crin, erizando el pelo, arrugando las cejas, acompañado de su guardián que á veces lo detiene...

Vienen tras él, el rey Luis y doña Violante con su corte, en vistosa cabalgata. Con la corte y cerca de la Reina viene Nerto. Las gualdrapas de las

hacaneas reales son de terciopelo irisado sembrado de áureas flores de lis. Van á ver luchar en las Arenas al noble mónstruo, uno contra cuatro.

Todo Arlés cubre el inmenso gradierío del circo esperando el combate del león. El pueblo grita y lanza exclamaciones de júbilo. Por la pista caracolean y serpentean las farándulas. La belleza de las espléndidas arlesianas brilla en las gradas del circo desde la arena hasta la cima del monumento... Arlés hizo ostentación aquel día de la limpia sangre de todas las razas nobles que fecundaron su suelo. La griega de clásico perfil sonreía con la gracia natural de las doncellas hermanas de Diana y de Latona; la romana mostrábase soberbia y altiva sobre las monumentales arcadas, como las vestales en tiempo de Augusto; y contoneándose en su basquiña ó escondiendo su rostro trigüeño en el velo transparente de cambrasina, la pálida mora atraía con sus ojos de fuego las miradas de la juventud. Los collares y las agujas de oro, las diademas de perlas y los anillos cubrían los dedos con cruces de siete diamantes; los vestidos verdes, las túnicas de escarlata; los penachos, las caperuzas y los birretes se

entremezclaban formando una masa abigarrada. Un sol espléndido caía sobre los adornos, las vestiduras y los alegres semblantes haciendo remover á la muchedumbre como una enorme caldera en ebullición. Los tamboriles resonaban marcando el ritmo á los danzantes. Había fuentes de vino para la chusma... ¡Un mundo multicolor que causaba vértigos!

—¡El león, el león!—vocea el gentío; y de súbito ábrense las puertas y salen á paso de lobo, recelosos, sin mugidos, cuatro toros negros y nervudos; y de otra jaula, de un salto, el fiero animal de roja melena. Queda plantado mirando á su alrededor un momento; los cuatro cornúpetos se achican. ¡Oh! Pobres bestias! Salta el león, destroza dos en un santiamén y de una zarpada en un costado derriba al tercero que cae pateando. La multitud se levanta febril:

—¡Viva el gran Rey de Arlés!—vocea.

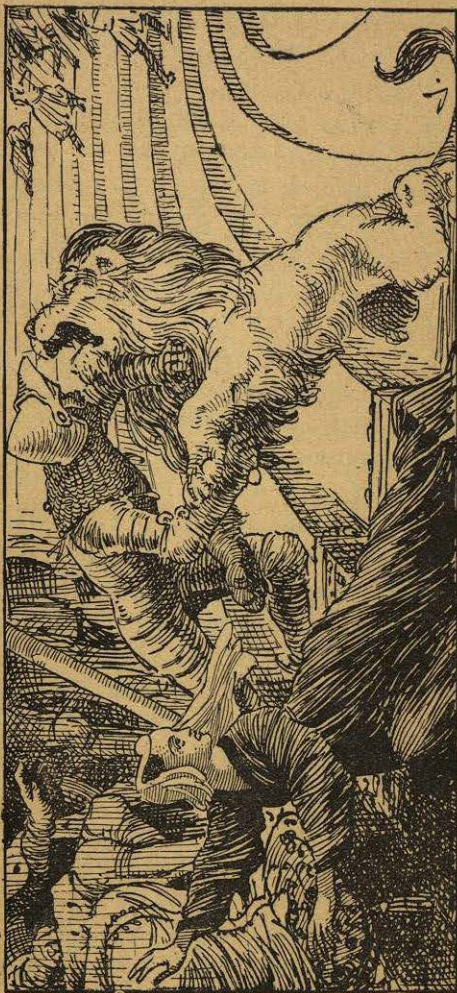
El otro toro no espera la muerte; baja la testuz y se abalanza sobre el león hundiéndole las afiladas astas en el vientre. El león revuélvese contra su enemigo y clavándole sus dientes en una pierna, lo sacude, haciendo crugir sus huesos. Después de un salto salva la valla y cae furioso entre la multitud

Buscando un escondite, pisoteándose y muertos de miedo, los espectadores huyen despavoridos.

Entretanto, con las entrañas abiertas y las fauces ensangrentadas, la fiera azota el aire con la cola y mira recelosa á su alrededor... De pronto, comprendiendo que está en presencia de un rival, y de un rival digno de él, el león de Arlés va hacia el Rey.

El Rey y su real esposa, quedan solos en aquel primer momento de pánico. Pero fijando su mirada altiva sobre el mónstruo no se mueven de sus sitios. Nerto acurrúcase á los pies de la Reina temblando de miedo... La bestia feroz subiendo de cuatro en cuatro las gradas del anfiteatro, llega hasta ellos envolviéndolos con su aliento; pero de entre la revuelta multitud surge Rodrigo, Rodrigo de Luna; cae como el rayo sobre el mónstruo y le hunde su daga en la nuca. En los espasmos de la muerte la bestia tuerce su horrible hocico y se desploma en tierra.

La Reina, la bella doña Violante, se quita un valioso rubí de su corona y lo entrega á don Rodrigo en recompensa. Nerto poco á poco vuelve en sí. El pueblo brama frenético:



.. Rodrigo de Luna cae como un rayo sobre la bestia..

— ¡Ha muerto el Rey? ¡Viva el Rey
 Los ancianos dicen tristemente:
 — ¡Mal augurio! ¡Adiós, nave de San
 Trofimo! El león muere; el Delfín nace;
 la República toca á su fin.
 Las mujeres y los jóvenes gritan:
 — ¡Adelante, tamborilero!
 Sonriendo con dulzura y dirigiéndose
 al senescal Jorge de Marle, dice el joven
 rey Luis:
 — ¡Ahora puedo decir que soy real-
 mente el único rey de Arlés!

Para rendir homenaje al Rey, el Sena-
 do había designado como portavoz á
 Bertrán Bouisset, reputado en toda la
 ciudad por su facundia y erudición:

— Ilustre Rey de Provenza, y vos,
 hermoso y clarísimo astro—comienza el
 orador arlesiano.— Alabados sean Dios
 y San José que han dispuesto vuestra
 unión y protegido vuestro noviazgo,
 como han podido ver cuantos han pre-
 senciado las fiestas reales. Este espec-
 táculo nunca visto, nos recuerda aquella
 prodigiosa historia de la esposa del gran
 Bouson. Dícese que, exasperado por los
 celos Bouson, en su furor injusto, expuso

á la Reina Augusta ante las fauces hambrientas de un león enfurecido, en medio del circo de las Arenas. Pero la fiera, traída de Cirene, fué presurosa, dulce y sumisa, á lamer los pies de la virtuosa princesa; pues es legendario que nuestro león real ha reverenciado siempre la virtud de las nobles damas. Y en el contratiempo que nos ha aterrizado á todos, puede afirmarse sin miedo, que si el mónstruo no hubiera caído bajo el hierro, ¡oh, Reina, luz de belleza, de amor y de majestad! al acercarse á vos nuestro león hubiera humillado la cabeza haciéndoos reverencia...

—Ho, ho—grita el bufón del Rey.—
¡Que te crea el diablo, si quiere! Maese Bouisset, sós un farsante; pues á mí como á todos los espectadores nos ha parecido que habéis tenido la prudente idea de ponerlos á honesta distancia de la fiera. No es un reproche, maese Bouisset, pues yo hice como vos... ¡Dios mío! ¡Aun me caigo de miedo! ¡Quedéme jorobado! Pero ¡chitón! Ante la retórica, la locura se retira... y como decía Cicerón, señores: *¡Cedant arma togæ!*

Una carcajada estentórea estalla en el circo. El orador se muerde los labios. Al tornar en sí, Nerto ¡Dios San-

tol piensa en el convento; agitada su inocencia por una emoción desconocida, alma y corazón estaban en lucha como la lluvia y el sol en primavera.

Su alma decía:

—¡Es preciso salvarme! Este mundo es una isla azotada por la ola del pecado. ¡Cuán poco me ha faltado para morir sin confesión y caer en el infierno! ¡Esa bestia salvaje, ese león que en las gradas del anfiteatro me buscaba, fascinándome, embrujándome, era Lucifer! Lucifer que quiere lanzarme al infierno! ¿Dónde esconderme? ¿A dónde huir? Veo el hocico de ese león haciendo muecas horribles ante mis ojos... Tal vez mañana, tal vez esta noche... ¡Oh, Santa María, venid en mi ayuda, socorredme, acudid presto, pues estoy perdida!

Pero su corazón responde:

—Entrar tan joven en el monasterio; perder la dulce libertad; abandonar mi castillo de los cuatro torreones, la corte del Rey y los festines; quitarme mis hermosas vestiduras de seda, es tal vez demasiado para mí, como decía don Rodrigo. ¡Oh, buen Rodrigo! El es quien me ha salvado: con la daga desenvainada, delante del Rey y de la Reina,

poniendo su cuerpo como una muralla
—lo veo aún sobre el azul del cielo—
semejaba el arcángel Miguel. Llevaba
jubón anaranjado, calzas negras y som-
brero adornado con una gran pluma...
Se ha jugado la vida verdaderamente,
dejándome luego deslumbrada. ¿Dónde
se fué? ¡No le veré ya sino dentro del
esplendor lejano de sus heroicidades!
Ha pasado cerca de mí sin hablarme y
me parece que llevaba sobre el corazón
un puñal: ¡mi blasón de Castel-Renard!
¿Estoy loca?... No. Dios me llama al
templo para purificarme... ¿Dónde habrá
ido? Ya no le veré más. ¡Pronto enterra-
ré en el claustro mi juventud! Mañana
me vestirán el lúgubre hábito de San
Cesáreo y ya no le veré más. Pero su
mirar hondo, terrible, fiero y deslum-
brador me perseguirá hasta dentro de
las puertas donde mañana estaré muer-
ta para el mundo... ¡Rodrigo, adiós! No
te veré más. Esta noche al toque del
Angelus me encerrarán con las monjas.
Mi corazón llora al pensarlo; llora, pero
es preciso ir allá para evitar la conde-
nación eterna. En la paz del convento
rogaré á Dios por aquella alma noble.
¡Rogaré á Dios mientras viva... por tí,
Rodrigo, rogaré por tí!

V

A LA ESPOSA DE MI AMIGO
EUGENIO TABERNIER
DE MARSELLA